

Cuadernillos de poesía colombiana

3

Mario Carvajal

ESTUDIO Y SELECCION DE JORGE LUIS ARANGO

Ediciones de la revista *“Universidad Católica Bolivariana”*

MARIO CARVAJAL nació en Cali en 1896, y allí ha vivido de ordinario. A los 23 años se doctoró en filosofía y letras en el Colegio Mayor del Rosario, con una tesis fundamental sobre los poetas del Cauca. Ha sido rector del noble Instituto de Santa Librada y rector de letras universales en varios centros de investigación docente.

Sus libros están guiados por la más encumbrada aspiración mística y han logrado imponerse en corto plazo:

LA ESCALA DE JACOB (Poesías)

ROMANCERO COLONIAL DE SANTIAGO DE CALI (Poesías)

VIDA Y PASION DE JORGE ISAACS (Biografía)

ESTAMPAS Y APOLOGIAS (Prosas).

MARIO CARVAJAL anuncia la aparición, para el año próximo, de un nuevo canto espiritual que llamará la **TRANSFIGURACION DEL HOMBRE.**

Mario Carvajal

Mario Carvajal representa frente al verbalismo insustancial contemporáneo, una de las más poderosas afirmaciones del espíritu. Del espíritu siempre vivo que se remonta a Dios y nutre sus anhelos cósmicos con su presencia y su voz, cántaro de pedrerías, como dice el profeta.

Emerge solo, como una ciudad libre, sin otro apoyo que su propia capacidad, claramente discernible en todas sus dimensiones. Por eso es una raíz de su verso aquella modalidad que comentaba Aristóteles, que prefiere el atrevimiento y la grandeza de las metáforas, sobre toda otra manifestación secundaria.

Su poesía está regida por un ritmo primordial y único. En su voz algo quema con un lenguaje extraño, distinto del ordinario, que se desplaza hacia el cosmos, con el propósito de Joyce, de erguirlo frente al mundo.

Toda la producción de Mario Carvajal es simétrica. Como es simétrica la poesía de la Biblia, y es simétrica la concepción árabe de Dios y son matemáticas las efusiones pitagóricas. Su ordenación va indicada por la unidad que es el principio de toda forma y sustancia. No bajo la clave de lo fatal e insondable. Su ontologismo, como el de San Juan de la Cruz, descubre métodos deductivos que lo encumbran a la divinidad de manera cierta e insospechada. Va lenta y gradualmente a Dios a través de una escala que comienza en el barro terrenal y termina en la beatitud sacrosanta, en donde un orden ascendente de leones hace guarda, según cuenta Ezequiel, en el libro medroso de sus revelaciones.

La escala de los orbes tiembla bajo mi planta
con la ansiedad del junco en que se impulsa el ave
cuando el vuelo en la copa del aire la levanta.

Y al arribar al centro de la velada altura
el fuego de Dios quema las lonas de mi nave
y un fanal misterioso fulge en la noche oscura,

dice el mismo poeta para descifrarnos su misión arcana, en dos tercetos mágicos que no tuvo Alighieri sino después de muchas desazones en el reino angustioso de la muerte.

Toda la producción de Mario Carvajal es armónica. Un secreto de su poesía reside en su valor musical, hondo y sincero. Eligió para su canto la más bella de las formas retóricas, que al fin y al cabo es un esfuerzo in crescendo de la voz que se adelgaza a cada instante para aparecer más elativa, como las torres góticas. El soneto es una forma del canto que encuadra y perfecciona. Es el sentido del número. Es la simetría total que hace decir a los poetas lo estrictamente necesario. No limita sino que regula las emociones.

Pero ^{no} es allí, en la forma, precisamente, en donde está el sentido musical del poeta, aunque se entreeva como en un arca rútila. Es más adentro, en el cauce, de una manera más intelectual, de tonos más atenuados. Su melodía fluye sin cesar como un oratorio navideño de Haendel:

(Honda caja de músicas inefables, de sonos misteriosos, el orbe vierte en mí su concento de ritmo y luz, y al beso de la ardua suma siento florecer el milagro de mil y una canciones).

Mario Carvajal es un clásico, como clásicos fueron Garcilaso y los poetas del movimiento italianizante del siglo XV, verdaderos revolucionarios de golilla, y clásicos son aquellos líricos que perduran en el corazón y en la inteligencia. Sólo que en torno al clasicismo se ha desbarrado porque se ha pretendido sopesar sus moléculas estilísticas con resultados catastróficos. Bien decía un mexicano novísimo que las obras clásicas no se pueden tratar como si fuesen logaritmos, es decir, con criterio académico. Eduardo Carranza hace poco no más decía en estas páginas con gran videncia, que el clasicismo era sencillamente el equilibrio entre lo vital y lo formal, la perfecta correspondencia entre el impulso creador y la expresión artística.

Los poetas clásicos ofrecen una suavidad desconcertante, y un paisaje de tonos levemente encendidos. Esa fue la virtud de los griegos. Esa la inquietud constante de Fray Luis y Garcilaso. Parecen poetas traducidos.

Y Mario Carvajal, irremisiblemente, entre ellos. La blandura de su voz, de sus salmos a Dios, al aura pasajera, a la soledad que enamora, al doble filo del ángelus y a la comarca apenas si se observa en los poetas vertidos. Máxime cuando es a nuestra lengua, muy más numerosa y esforzada que las otras, al decir purísimo de Góngora.

Carvajal dedica sus versos al tiempo como Esquilo, y esta actitud insoportable es una lección moral de profesión artística, que le ha enseñado el camino de la sabiduría: crecer en dos direcciones como el árbol, hundiéndose las raíces en la tierra y elevando las ramas al cielo en un doble y difícil esfuerzo de totalidad que ha de llevarlo a la suprema integración de la actividad física con el espíritu, destino natural y teleológico del hombre.

Para **conocer** los versos de la "Escala de Jacob" y gozarlos en su transcendental pureza no basta un alcance ordenado de las cosas: es preciso saber la Summa y desentrañar los problemas que origina la mística, como fenómeno vital inmensurable. Porque si la filosofía estudia las cosas en sí mismas, secundum naturam propriam conveniunt, la teología las estudia en orden a Dios, a su infinita esencia.

El verso aquí es un instrumento descarnado de la teología mística que exige la eliminación de toda elocuencia. No conserva más que la expresión intuitiva y extralógica de lo real. De allí el fragmentarismo, "los jirones de cielo" arrancados a lo real como dijera Reverdy, comentando casos parecidos al de nuestro lírico. No es el predominio dionisiaco de los otros poetas y las otras escuelas: es la voz inefable de la eternidad hecha carne en el soplo **agónico** del salmista.

Carvajal es un hondo poeta teológico que hemos clasificado entre los afectivos, es decir, en la escuela de San Agustín, continuada en el tiempo por el movimiento franciscano del siglo XIII. San Buenaventura, por ejemplo, escribió un tratado que denominó *Itinerarium mentis in Deum* que

es el ascendiente remoto de la Escala de Jacob. Va todo él fundado en la conocida idea de mirar el mundo como una escala para subir a Dios, mediante seis gradas, número que adquiere en San Buenaventura, como en todos los afectivos, un cariz esotérico.

El crítico que Carvajal requiere ha de ser intuitivo y sintético. Capaz de reducir para un enfoque preciso la civilización grecolatina de sus versos. Adiestrado en la voz del Señor para descifrar la gravedad teológica de sus salmos, transverberados todos por un soplo eterno que llega por los caminos del viento.

Su estética sobrenatural en este siglo de convulsiones, de hombres fáusticos y leviathánicos es un caso concreto del estilo hispánico, en el sentido que le da a la frase García Morente. Todo el movimiento místico español del imperio revive en Carvajal, por vocación y destino.

Para él, como para el español, no hay más que una posible rama de valores, aquella que tenga valor de eternidad, para enfrentarlos al mundo, como una fuente impetuosa, clara y nueva.

Es un mero continuador de la escuela mística española, con el mismo idioma inflamado de divinos deleites y la misma sustancia cordial que tuvo Santa Teresa, que alentó las páginas de San Juan de la Cruz y las plegarias de San Pedro de Alcántara. Carvajal ha comprendido que no podemos jamás desenraizarnos de la tradición y de su suelo germinatorio, como afirma Maritain, ni aún para renovarnos. La tradición es en realidad la transmisión del "estilo" nacional de una generación a otra. De ese estilo de caballeros cristianos, poetas y santos, que llevaban en la diestra un estandarte y la pupila absorta del Señor en la mente.

Rosales en Castilla, Junco en México y Carvajal en Colombia constituyen el triángulo de la mística española. Confluyen en un centro común, afectivo y cordial que los destaca. Rosales, sin embargo ha cultivado más géneros poéticos y literarios, lo mismo Junco. Han ingresado a la escuela del mundo, mientras que Carvajal sigue aferrado a su tradición, sin darle campo a la más trivial expansión a los sentidos. Apenas sí publicó, como homenaje a su ciudad, un Romancero en el que nos comunicó sus impresiones familiares. El octosílabo gira en sus versos como las madejas en la rueca nueva, con la sencillez primordial de los versos de clerecía, en los antiguos tiempos del idioma. Si nos describe la fundación de Cali o nos dibuja la estampa de don Sebastián, el claro Adelantado, evócanos las crónicas de los misioneros, duchos en esta suerte de semblanzas. Si la construcción de la torre mudéjar de San Francisco piensa uno en los xejel de Córdoba, cantados por Alhaquen. La descripción de la loma de San Antonio, apacible remanso que domina a Cali, es un vital esfuerzo por reproducir las colinas de Benozzo Gozzoli, con sus olivares y caminitos de plata que sobresalen por ejemplo en El Cortejo de los Reyes Magos, que el primitivo pintó para deleite de los Médicis, en su oratorio florentino.

Ahora hagamos silencio. Un silencio estelar que nos permita escuchar la sinfonía de los versos que siguen, nacientes como el manso parpadear de la Cruz del Sur, o las constelaciones amigas.

Jorge Luis ARANGO

La escala de Jacob

El ritmo pitagórico de las constelaciones
desciende a mí en la escala temblorosa del viento.
(El cabezal de piedra se ablanda a mi ardimiento
y me hunde en un círculo de encantadas visiones).

Honda caja de músicas inefables, de sonos
misteriosos, el orbe vierte en mí su conuento
de ritmo y luz, y al beso de la ardua suma siento
florecer el milagro de mil y una canciones.

Al fondo erige un ángel antorcha indeficiente.
Cada sol me da, rútilo, su parábola ardiente
para ascender al centro radiante del arcano.

Después, ni oigo ni veo... Incendiado en sí mismo,
mi sér es una estrella mecida por la mano
de Dios sobre la sima profunda del abismo.

Ansiedad

Asédame la sombra y el silencio me oprime.
Por dónde va, Señor, y hacia dónde el camino?
Sólo a veces la chispa de una estrella adivino
y oigo un rumor profundo que en la amplia noche gime.

Señor, como al Apóstol iluminado, dime
qué debo hacer, y otórgame la clave de mi sino.
En el amor que exalta cifraste mi destino?
O acaso en el misterio del dolor que redime?

En sed de luz, de vida y de verdad abrasa
mi corazón absorto cada hora que pasa.
Y a cada una, en vano, le digo mi lamento.

Siento fugar la vida como un río lejano,
y en mi ansiedad inmóvil, al soplo del arcano
tiembla mi alma como una débil luz en el viento.

Itinerario del alma hacia el Señor

La promesa divina redimió mi quebranto
y hoy me asiste en la angustia de mi propia agonía;
en mis hondos jardines apunta la alegría
donde antes se asilaban las rosas del espanto.

Encendidos los ojos por las sales del llanto
y sordo al mudo ritmo de la eterna armonía,
deshojé en los regazos ilusorios del día
la lumbre de mis horas y el misterio del canto.

Más floreció la gracia de Dios en mi desvelo
y comprendí la ciega vanidad de las cosas
que enjoyan su mentira bajo el azul del cielo.

Ya arrebaté a la muerte los signos de su clave
y até en la arboladura de mis velas ansiosas
los vientos que en la noche conducirán mi nave.

Exhortación

Obra, dice el Profeta, según la mansedumbre,
la verdad, la justicia, y a lindes prodigiosas
te llevará tu diestra; como un plantel de rosas
florecerá tu alma sobre la excelsa cumbre.

Alúmbrala tus caminos con la escondida lumbre
que alimenta en tu sueño sus llamas silenciosas;
envuélvela, como el santo, los seres y las cosas
en el místico amor de arcana servidumbre.

Súma en tí los anhelos del bien y la belleza
y por las arduas rutas de la abeja y la hormiga
húndete en el misterio de la naturaleza.

Y alcanzarás la gloria del duro derrotero:
te dormirás, henchido de gracia, en la fatiga
de Dios, con la callada ternura de un cordero.

Noche arcana

En la alta noche mística sobre el campo dormido
su pabellón de estrellas enarca el firmamento:
vasto velo litúrgico punteado de argento
y oro en fondo pálido de azul desvanecido.

Hierve en torno un silencio musical: el rüido
que de la avara urna del éter, ¡oh portento!,
en otra noche mística hasta otro oído atento
bajó para que ahora pueda llenar mi oído.

Hombre que ves, escúcha: No es sólo a la pupila
regalo esta colmena de luz, honda y tranquila.
Aprénde a oír el ritmo que entre los orbes yerra.

Si sólo ves, qué haces en las noches oscuras?
Aprénde a oír, y oirás a Dios en las alturas
y gozarás la paz prometida a la tierra.

El soplo divino

Un soplo que venía de lo alto honda llama
infundió en los oscuros canales de mis huesos;
y supe del dolor de arcanos embelesos,
y gusté el voluptuoso martirio del que ama.

El fuego que en su gruta mi corazón inflama
ciñóme en una ardiente constelación de besos;
sentí en mi sér los signos de la elección impresos;
mudado en lunas místicas vi el sol de mi oriflama.

Largos días mi boca pegada estuvo al filo
—ceniza y miel—del ánfora profunda de la muerte;
midió mi ojo el vórtice del abismal asilo.

Mas el mudo relámpago de Dios prendió mi tea,
y de mi avara sombra alzó el Señor el fuerte
monte en que ahora a su hálito mi espíritu flamea.

En el umbral eterno

Hora a hora en las celdas de mi carne madura
medrando va la tácita semilla de la muerte,
y hora a hora en mi espíritu melancólico vierte
la vida, como un filtro, su tedio y amargura.

Por los ardidos cauces de mis huesos apura
ríos de hiel y ortigas el dolor, y en inerte
soledad de justicia mi alma se hace fuerte
en el propio holocausto que la abrasa y depura.

Ya en mi voz es plegaria la canción de la aurora
y la piedra que acoge mi arrobada fatiga
al fulgor moribundo de la tarde se dora.

Mas norte al par que brújula, el místico derroche
de luz en que me envuelve la misteriosa Espiga
me guiará por el único camino de la noche.

Transporte

Cuando al filo del ángelus, sobre el mustio collado,
compartía la angustia vespéral de las cosas,
en el rumor conjunto de la brisa y las rosas
el silbo del Señor descendió hasta mi lado.

Tembló con leves músicas en mi redor el prado;
ave y río dijeron canciones misteriosas;
y en un raudal sumiso las castas nebulosas
vertieron su prodigio de luz en mi costado.

Vencí al punto los términos del divino transporte:
romería por mares de extasiada dulzura,
en alado bajel, sin brújula y sin norte.

Y así soy, desde entonces, estrella que encendida
en teológicas llamas, sobre la tierra oscura
el misterio proyecta de la muerte y la vida.

íntesis Sacra

Yo he escuchado el silencio que se abisma en el breve
círculo de tu pan, hecho de mies y gracia.
El soplo del milagro que en los siglos se espacia
con ansiosos temblores mi espíritu conmueve.

Porque en él cabes, todo en tu disco de nieve
cabe, y en él el hombre su sed divina sacia.
Mi alma va hacia Tí, loca de Tí, como hacia
los ustorios fanales la libélula leve.

Monte de Dios, arroyo de miel y de ambrosía,
nave segura, vaso de místico perfume,
estrella de la noche, radiante sol del día.

El alma que en tus piélagos insondables se absorbe,
henchida del prodigio de tu gloria, resume
toda la luz y toda la música del orbe.

Alabanza de la victoria espiritual.

La noche abre su alcázar de ebúrnea pedrería
sobre la faz en sombras de la tierra. El efluvio
de las constelaciones desenvuelve un diluvio
de leche por los senos de la montaña umbría.

Abajo el valle acecha la dulce epifanía;
la palma suelta el índice de su penacho rubio,
y el río, epitalámico, atestigua el connubio
de los abismos ebrios de su propia armonía.

En viva danza de órbitas se mueve el infinito
y por un derrotero musical de fanales
el hombre asciende al ápice de la luz, de hito en hito.

En dónde estás, oh muerte? Vencida, vieja loba
del exterminio, oteas del tiempo en los umbrales:
y ya mi sér en piélagos de eternidad se arroba!

Treno de la angustia interior

Dame, Señor, el sueño del niño entre la cuna;
la lengua de cristal y el alma azul del río;
la claridad joyante del cielo en el estío;
el éxtasis cristiano de las noches de luna.

Ház que en mi sér la gracia de tu virtud reúna
los dones primordiales: la gota de rocío
cifra el cosmos disperso y el paisaje natío
se congrega en el vaso de luz de la laguna.

Tú diste al hombre fuerzas para llevar tu carga
divina. Mas la lumbre que en el ojo inocente
de la bestia, al copiarse, se enfría y aletarga,

deja en el mío llamas de angustia, abrasadoras.
Me agobia tu belleza como un canto doliente
y en mi alma abren cauces misteriosos las horas.

Carmen davidicum

Con jugos de ponzoña mi enemigo amamanta
el odio que en la cómplice tiniebla me vigila;
mano aleve la boja de las dagas afila
y el grito delator sofrena en la garganta.

En sendas de ignominia tortúrase mi planta;
sobre abismos de fuego mi corazón oscila;
y ya el lucero amigo de la noche tranquila
tras el monte custodio su antorcha no levanta.

Mas Tú, Señor, me asistes. Tu mano providente
confundirá sus voces en los mares del veinto
y con luz de sus gladios coronarás mi frente.

Dispersarás sus huestes por los anchos confines
y sordo a las angustias del prófugo lamento
saciarás en su sangre la sed de mis mastines.

Torre cósmica

Mástil de ignoto nervio, la caña de la antena
roba a la onda errante su musical tesoro,
y hunde en los siete cauces de su varilla el coro
radial que la comarca de los espacios llena.

El confín rumoroso se recoge en su vena
y viértese en mi oído como raudal sonoro,
en paralelo arcano al del hilo de oro
con que el lucero enciende la inmensidad serena.

Sabio y brujo a la par, aprisioné la clave
del éter y la ruta descubrí de la nave
en que la esquiva onda los ámbitos recorre.

Y en un naufragio cósmico de múltiples concertos,
cual una sirte ciega, la aguja de mi torre
deshoja en mi hondo silo la rosa de los vientos.

El mensaje de Dios

Al ritmo del silencio que la noche rebosa
mi corazón sacude su mística marea.
Sólo un lucero, inmóvil, en el azul flamea
con la quietud de una pupila cautelosa.

Dios me mira por ella. Yo le ofrendo la rosa
de mi dolor humano. Ayer, en Idumea,
Job me enseñó, al callado reflejo de su tea,
el oscuro camino de la meta radiosa.

Después el griego absorto me inició en el profundo
misterio de la ignota sinfonía del mundo.
Medí el número arcano que el abismo gobierna.

Y en la noche teológica miré, como el vidente
bíblico, por la escala del éxtasis, fulgente,
bajar a mí la lumbré de la verdad Eterna.

*Reclamo de la lumbre de Dios
en la desolación del alma conturbada*

(Inédito)

Cómo abrasa la sal de esta amargura!
Cómo aflige esta sombra y enajena!
Y no saber en dónde está la pena,
ni en dónde el filtro que la hiel apura.
No es aquella aflicción clara y segura
que entre sus propios límites se ordena;
menos aún la espada que encadena
su razón a la herida que procura.

Es un dolor de niebla difundida;
ráfaga sin origen ni destino;
honda angustia de angustia contenida.

Dónde, Señor, tu lumbre y tu presencia?
Desolación de viaje sin camino.
Noche quemada al hielo de la ausencia.

*Vuelo arcano sobre la cima
del cántico espiritual*

(Inédito)

Roto mi sér se hubiera si esta hora,
inmóvil y sin tiempo, no estuviera
más allá de la mística ribera
en que fallece el tiempo y se evapora.

Esta no es ya tu soledad sonora,
oh San Juan de la Cruz, mas ni siquiera
tu música callada, que antes era
medida de mi noche soñadora.

La claridad que ahora me circunda
carece de color, y de sonido
la inmensa voz que el corazón me inunda.

Oh arcano mar sin olas, hondo cielo
sin aire, luz sin llama, estremecido
temblor de ala en detenido vuelo!

La rosa, criatura de belleza y holocausto

(Inédito)

Contraluz de la atmósfera. Alta guía
para la flota en brumas del relente.
Nube hecha flor. Doncella en esplendente
cárcel. Esposa cándida del día.

Sólo el silencio pudo la agonía
escuchar en la noche balbuciente
con que su claridad, honda, ascendente,
(lucero entre la tierra) se batía.

Cuando el ancla, ya rota, de la estrella
cae y se hunde en su agua silenciosa,
la altura universal descansa en ella.

Y equilibrada al sol por su perfume,
más que al tacto del aire, a la gozosa
gracia de Dios se abrasa y se consume.

Desposorio del alma en la altura de la contemplación

(Inédito)

Rapto de eternidad movió mi oscuro
sér, entre llamas de encendido viento,
a la alta cima en luz deste momento
sin pasado, presente ni futuro.

La plenitud de Dios secó el impuro
llanto que ensordecía mi lamento.
Ya desnudo de voz brilla mi acento.
Ya se alza en El mi corazón seguro.

Oh claridad que el alma preveía,
como en las aguas de la noche advierte
el ojo el linde próximo del día!

Oh amor de amor del alma levantada
sobre el aire vencido de la muerte
y con su propio sueño desposada!

Vía lactea

La reluciente atmósfera, en baños de oro y bruma,
el brillo de las tímidas esferas aquilata,
y en dormidos vellones difumina su plata,
que flota en el espacio como en el mar la espuma.

La vía láctea extiende sobre el confín su pluma
cósmica en mudo arco de inmóvil catarata:
río de luz que en términos arcanos se dilata
y en las arenas ígneas del éter se rezuma.

Si la ardida saeta del lucero confunde
con su beso de llamas mi doliente pupila,
mi sueño en la sedante nebulosa se hunde.

En su pozo de leche mi inquietud se sosiega,
y mi alma, al impulso de la noche tranquila,
hacia Dios, entre sirtes siderales, navega.

El lamento de la canción en agonía

Con sus dardos innúmeros la noche me acribilla,
y así voy por las rutas de la luz y del viento
ardido en una llama celeste el pensamiento
y transfundida en oros estelares mi arcilla.

La claridad dispersa del espacio se ovilla
en los soles, y al pulso de ignoto movimiento
mano invisible cierne, en llovizna de argento,
la mies esplendorosa de la sidérea trilla.

Vencida bajo el peso de angustia milenaria,
mi alma da a los orbes oscuro eje humano
y enciende en el flamíneo cenit su luminaria.

Mas al ceñir de estrellas mi frente taciturna,
como ayer al conjuro de Job, en ritmo arcano,
se atedia en mi lamento la soledad nocturna.

La elegía de la palmera tutelar

Ciudad de las añosas palmas.
(Isaacs).

Palmera solitaria que el paisaje vigilas,
inmóvil, silenciosa,
en la noche sin astros y sin viento:
hijo soy de tu estirpe. Mis pupilas
extasiadas siempre en la borrosa
lejanía, y mi acento
que se educó en tus músicas eglógicas
y en tus silencios pánicos,
mi sér erigen trémulo, en la humana
foresta con la cándida osadía
con que elevas tu torre vegetal en el valle,
bajo el alterno signo de la noche y el día.

Como tú, mi raíz afirmo en la profunda
entraña melancólica de la gleba fecunda
que nutrió la cadena
de mis padres. En su hondo
seno aprendimos la virtud serena,
la gracia fuerte, la múltiple armonía,
el fácil gozo con que saludamos al alba
y con que vamos hacia las playas de la muerte.

Aquí estás, a mi vera, tal como en el antiguo
blasón de mi solar, al pie de la ventana
que corta para mí, todos los días,
un retazo del paisaje contiguo
(el valle, el río, la colina, el monte)
y de la línea, apenas visible en la lejana
conjunción, que se curva, honda y arcana,
en el anillo azul del horizonte.

Ayer, erguida al lado
de los claros amores familiares,
registe el alba melodiosa
de mi niñez. El tímido collado
que custodia el recinto de mis lares,
te irguió bajo mi cielo como un numen
tutelar: estandarte divino
de la comarca nueva, bandera rumorosa
que sacude sus alas, oteando el destino,
abierta al abanico de la rosa.
Entonces yo desde otra ventana te seguía....

Fijos en tí los ojos y el espíritu un día,
sentí, en cósmico arrobamiento matutino,
bajar a mí de tu penacho en llamas
el místico beleño
que me hundió en el viaje
largo y desconocido del ensueño....
Te coronaba un pálido celaje
y fundía en el tuyo su plumaje,
en círculos de amor, un pájaro zahareño.
Yo era el alma radiosa del paisaje....

Hoy como antaño, acudes a hacerme compañía.
Mas ya en tu enhiesta cúspide
no florece la antigua melodía.
Está bien. Con el manso morir de una doncella
exangüe, se extinguió la mañana.
Ahora sólo plañe la campana
crepuscular de la elegía....
Tu voz ya no desciende hasta mi asilo
sino en la tarde y en la noche.
(Tu voz ya no es el canto de lírico derroche:
es el silencio musical de la estrella,
la plegaria hecha éxtasis, el hilo
de luz que va marcando con temblorosa huella
el fluir del misterio en el tranquilo
vaso nocturno....)

Nunca tu armonía
tuvo más grave acento,
más oculto sentido,
más inefable arrobamiento.

En el rumor profundo de la entraña
maternal, el quejido lejano de la tierra
que vibra, alado y rútilo, en tu caña.
Antena misteriosa que recoges,
empinada en los campos, el disperso
dolor del universo:
la angustia de los seres y las cosas,
la absorta pesadumbre
del rebaño, el suspiro
de la tarde, la lumbre
que se deshace en rosas
muertas sobre el paisaje en agonía....
En la alegre mañana y al tibio amor del día,
en coro con la ráfaga errabunda,
desenvolví por la pradera y los alcores,

como un niño una cinta de colores,
la égloga jocunda
que nos dictó tu ardiente melodía.
Ahora, al beso de la noche arcana,
se apaga en tu silencio mi dolor, abatido
en la embriaguez de tus beleños,
numen fiel, mística hermana,
taciturna nodriza de mis sueños....

Palmera solitaria que el paisaje vigilas,
inmóvil, silenciosa,
en la noche sin astros y sin viento:
hijo soy de tu estirpe. Mis pupilas,
extasiadas siempre en la borrosa
lejanía, y mi acento,
que se educó en tus músicas eglógicas
y en tus silencios pánicos,
mi sér erigen, trémulo, en la humana
floresta con la cándida osadía
con que elevas tu torre vegetal en el valle,
bajo el alterno signo de la noche y el día.

Plañe en el horizonte la campana
crepuscular de la elegía....